



ALOCUCION

PRONUNCIADA POR EL ILMO. Y RDMO. SR. DR. D.

ALBERTO MARIA ORDOÑEZ CRESPO,

OBISPO DE IBARRA, EN SU IGLESIA CATEDRAL, EL DÍA
19 DE FEBRERO, DESPUES DE LA MISA DE ACCION
DE GRACIAS POR EL CENTENARIO DEL
NACIMIENTO DE

GARCIA MORENO.





1922

ALOCUCION

PRONUNCIADA POR EL ILMO. Y RDMO. SR. DR. D.

ALBERTO MARIA ORDOÑEZ CRESPO,

OBISPO DE IBARRA, EN SU IGLESIA CATEDRAL, EL DIA
19 DE FEBRERO, DESPUES DE LA MISA DE ACCION
DE GRACIAS POR EL CENTENARIO DEL
NACIMIENTO DE
GARCIA MORENO.

*«Tamquam prodigium factus sum
multis: et tu adjutor fortis.»*

A manera de prodigio he sido
para muchos: y tú eres mi poderoso
auxilio.

(*Salmo 70. v. 7.*)

*Vbles. Señores Canónigos y Sacerdotes. Señores,
amados Hijos en Nuestro Señor Jesucristo:*

VENGO hoy a pronunciar un nombre que, desde mi infancia, aprendí a venerar, en el hogar cristiano de mis padres; vengo a recordar a un varón eximio, a quien la Iglesia ama con ternura y gratitud; evoco la memoria del Genio que brilla esplendoroso en el cielo de mi patria. Su fama se ha extendido por el mundo; varios libros narran sus proezas, su vida es arsenal fecundo para el drama; y la escena, y el verso y la prosa, tributáronle ya el homenaje de sus galanas formas. García Moreno es héroe escogido de un poema que palpita en

la conciencia universal cristiana: los Pontífices, los sabios y el pueblo católico; la ciencia, las artes y el patriotismo; la fortaleza, la caridad y la justicia van tejiendo con frases de oro la corona de honor con que ceñirá la Historia al Héroe inmortal de nuestra Nación. — Menéndez Pelayo, lumbrera del saber y gloria de España, expresa que García Moreno fué «*Uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar a nuestra raza*». Y Luis Veillot, insigne polemista de la culta Francia, prodígale tan alto elogio que yo no sé si pueda decirse algo que más honre el patrio suelo de García: «*Hombre que hizo honor al hombre*», tal es la frase de aquel sabio que, mil veces repetida ya, no pierde, sin embargo, su novedad extraordinaria. Y, por cuanto fuí testigo de un hecho, pequeño si se quiere, pero de gran significación, os referiré lo siguiente: un príncipe negro de la remota isla de Madagascar encontrábase de visita en Roma y, al dar con la vista en el busto de García Moreno: «*Este es un genio*», exclamó, y sus ojos brillaron de emoción. ¡Admiradores había tenido, aun entre los negros de Africa, el célebre Presidente ecuatoriano!.....

MUCHOS Jefes de Estado aparecen grandes por el magnífico pedestal que les encumbra; García Moreno no tuvo base de poderío; se elevó desde el bajo suelo de una república americana en formación. A aquellos despoja la Historia justiciera de la efímera celebridad que les diera el brillo nacional, mientras, para honra de nuestra patria, va trazando, en cuadros magníficos, líneas maestras de la excelsa grandeza del Magistrado ecuatoriano.

.....

DESDE esta cátedra sagrada, no es mi intención hablar de las proezas de su genio natural y extraordinario, ni quiero poner de manifiesto la fecundidad asombrosa de su espíritu, ni su ciencia vastísima ni su carácter nobilísimo; cualidades inimitables que el patriota Magistrado puso con abnegación heroica al servicio de la Nación ecuatoriana. Hay algo más subli-

me, señores, que en García Moreno constituye el mejor timbre de su gloria y que hace de él un personaje amado de Dios y de los hombres: «*Dilectus Deo et hominibus*»: me refiero a su fe religiosa y a su alma extraordinariamente sobrenatural.

Si García Moreno pudiera hoy hacer oír su voz y contestar agradeciendo los homenajes que se tributan a su memoria, su grandeza la referiría a Dios con estas palabras de David: «*Tanquam prodigium factus sum multis, et tu adjutor fortis*». Señor, le diría, a manera de prodigio he sido para muchos que no advierten el auxilio que de tu diestra me venía. Toda el alma sobrenatural de García Moreno a este respecto se transparenta en aquellas palabras que dirigió en su último Mensaje a las Cámaras Legislativas: «*Si creéis que en algo he acertado, les decía, atribuidlo primero a Dios y a la Inmaculada Dispensadora de los tesoros inagotables de su misericordia.*» En efecto, quitad de su alma prodigiosa la fe, y de su corazón el amor de Dios, y resulta incomprendible García Moreno; pues sin aquellas virtudes sobrenaturales, hubiera sido ciertamente un estadista insigne, un filántropo a la moderna, batallador, polemista o sabio; pero nunca un justo y gran cristiano que llevara a cima obras superiores a las fuerzas humanas; y el genio habríase apagado, al fin, en el vacío, que es el término obligado de los héroes del mundo.

LA gracia divina, como el sol que ilumina el mundo, baña en su luz lo mismo las altas cumbres que los hondos valles. En las altas cumbres, aunque la tempestad se desencadene a las faldas, reverbera luz del sol, alcanzando con sus reflejos grandes distancias. en medio de un cielo diáfano y sereno; en los valles se encierra, pero para recrearse dando verdor a los prados y matiz a las flores. ¡Qué múltiples y variados son los efectos de la gracia, señores, y cómo ella se abraza con las diversas perfecciones naturales que encuentra en la humanidad! Talento, genio, nobleza, actividad y poder; todo lo purifica, eleva y santifica; y, no pocas veces, al

encontrar reunidas estas cualidades, forma con ellas los Genios del Cristianismo. Dios, de cuando en cuando, a nuestro modo de ver, se complace en levantar altas cumbres, genios admirables para irradiar sobre ellos resplandores de orden superior y divino; y, entonces, qué bien se armonizan el talento y la fe en sus Divinas Manos; y el carácter noble y poderoso, con la suavidad de la gracia. «*Yo he puesto el socorro en un poderoso, dijo Dios, refiriéndose a David, y he ensalzado a un escogido de mi pueblo*» (Salm. 88, v. 20). Y David, genio poderoso; «*gallardo mancebo que sabe tañer y alcanza grandísima fuerza*, según la expresión de la Biblia, abate al enemigo del pueblo de Dios, después de su elección, y arranca armonías al Cielo. Pablo, genio y león de la Sinagoga, al golpe de la gracia, truécase en águila y acércase al mismo disco de la revelación divina. Y Agustín y Jerónimo, y Gregorio y Carlomagno, forman pléyade de genios que entregan al servicio de la gracia las más preciadas galas con que les dotara el Criador.

No sabemos con precisión, cuándo ni cómo ni en qué circunstancias, comenzó la gracia divina a elevar el genio de García Moreno, en la medida sorprendente que después nos revelaron sus admirables obras sobrenaturales. En medio de su agitada vida juvenil, cierto, se notan en él rasgos de rectitud moral, ráfagas de algo extraordinariamente cristiano que pasaba en su interior; pero el genio, al servicio de la gracia, aun no florecía, por decirlo así. Abrese la era de las grandes manifestaciones de la gracia en García Moreno, apenas se hace cargo del gobierno de la Nación. Oh, entonces sí, postrado delante del altar, vésele adorar a Dios: el Caudillo de la Cruz pide auxilio para las grandes concepciones de su mente en pro de la Religión y la Patria. La lectura del Kempis trastorna su espíritu agitado, y va modelándolo a imagen del espíritu de Cristo. Calmado el vértigo que atormenta al genio, el corazón del héroe se retempla en el fuego del amor de Dios, para llevar a cabo magníficos ideales cristianos.

DUEÑO de cualidades extraordinarias, fecundo en ideales sublimes, audaz y listo en la ejecución, previsor en alto grado, pudo valerse de su gran genio para cimentar sobre magnífico pedestal renombre y gloria mundana; pero Dios salió al encuentro del genio, como antes había salido al encuentro de David y de Pablo, de Agustín, Jerónimo y Carlomagno: «*Posuit adjutorium super potentem et exaltavit electum*»; auxilió al poderoso con su gracia y ensalzó a su escogido. García Moreno buscó desde entonces gloria mejor: la honra de Dios fue el norte de su gobierno; y en su vida privada, la virtud y la perfección ennoblecieron todos sus actos. Timbre de su carácter de hombre público, fué declararse en toda circunstancia, campeón del bien y la virtud, sin componendas con el mal y a despecho del respeto humano oficial que quedó vencido. El reinado de Dios se estableció, en consecuencia, en el Ecuador; y la Iglesia católica, mediante un Concordato con la Santa Sede, recuperaba sus fueros y derechos en nuestra patria. Reformado el Clero, ennoblecida la Magistratura, moralizado el ejército, entró de lleno en una era de progreso tal el Ecuador, capaz de atraer las miradas de América y Europa. Obras materiales de progreso surgían, como por encanto; multiplicábanse en toda la República centros de enseñanza; levantábanse suntuosos edificios para la beneficencia pública; la justicia, la caridad, el orden y la paz habíanse dado cita para laborar, con la pujanza que les infundía el genio cristiano, por la felicidad de los ecuatorianos. Mientras tanto el esclarecido Presidente, que todo lo dirigía con mano firme y vigorosa, era, a un tiempo, magistrado, juez, maestro y Padre de su pueblo. Y el pueblo le amaba por que en él encontró compasión para sus desdichas y trabajos. ¡Cuántas veces las viudas, los pobres y los huérfanos bendijeron con lágrimas de ternura el fallo justiciero e inapelable de su protector!

NINGUNO que conozca el espíritu humano y sus tendencias, la psicología del hombre y sus pasiones

querrá atribuir tanta rectitud en la acción, tanta fortaleza para vencer resistencias, tanta constancia en procedimientos encaminados al bien general, tantos heroísmos sublimes de catolicismo, sólo a las ingénitas virtudes naturales, que admirablemente adornaron la gran alma de García Moreno: fuerza es admitir que la mano de Dios estaba con él: «*Tamquam prodigium factus sum multis, et tu adjutor fortis*». El genio contribuyó, no hay duda, de manera extraordinaria, al efecto sobrenatural; pero sólo en cuanto en él, como en rico y cristalino vaso, se depositó la gracia, para transparentarse al exterior, con claridad, calor y vida del cielo.

A propósito, diré, con un reciente autor: (1) «*La fe rindió aquella altivez; la fe, bañada en apacibles resplandores, orientó aquella inteligencia..... La fe fué la que con tan subidos quilates, realzó aquella justicia, aquella nobleza, aquella piedad, aquel celo y caridad, aquella abnegación y paciencia; todo aquel mundo interior, fecundado por la gracia, patrimonio de grandes cristianos.*»

INTERMINABLE haría hoy mi discurso, si pretendiera llamar vuestra atención sobre todas las obras de García Moreno que llevan el sello sobrenatural de fe y amor a Dios. Mas ¿cómo no hablar de la obra por excelencia de García Moreno en esta provincia? Si callara, creería hacer injuria a vuestros antepasados y no tardaría en hacerse sentir también vuestro justo reclamo. Me refiero a los aciagos días del terremoto, cuando para aliviar tantos dolores, presentóse aquí García Moreno, haciendo prodigios de heroísmo y abnegación, y armado de las dos virtudes que más le caracterizaban: justicia y caridad. ¡Ay! Ibarreños que me escucháis: aquí, donde ahora se levanta la nueva ciudad, con sus plazas espaciosas y anchas calles, con sus templos modernos y cómodos edificios, cesó el viento que

(1) Le Gouhir «Un Gran Americano», pág. 257.

sacude los árboles y refresca la atmósfera, cubrióse el cielo con aire melancólico, calló la naturaleza, y la antigua Ibarra se sumergió en las sombras de una noche infausta. Fuerza misteriosa sacudió el suelo de toda la Provincia, que se cubrió de ruinas. Ibarra quedó reducida a un montón de escombros; y los sobrevivientes, como sombras errantes, vagaban sin concierto, sin pan, sin abrigo, presa de infinitos dolores. El crimen, por otra parte, presentábase arrogante y amenazador: a la anarquía de los elementos, iba a suceder la anarquía de las pasiones. Pero rápido, como el relámpago que purifica la atmósfera, presentóse en Imbabura García Moreno. Era, señores, el hombre de Jesucristo, como le llamó Luis Veuillot: sus ojos despidiendo rayos, amedrentan a los asesinos y traficantes sin piedad, profanadores del dolor; ábrense sus manos para prodigar bienes y caridad. Otavalo le llamaba «*fiel representante de la Providencia*», en aquellos momentos de tanto dolor y espanto. Ibarra decía: «*Diriase que este héroe ilustre ha sido creado expresamente por Dios para consolarnos en este inmenso infortunio*».

MIENTRAS tanto, voces ingratas de apasionados enemigos venían de otras partes zahiriendo al Héroe de la caridad; más él, impertérrito, continuaba la salvación de todos. Puentes y caminos fueron reparados en pocos días; abriéronse nuevos cauces para que vuelvan a correr las aguas en beneficio de las poblaciones; distribuíase pan y abrigo a todos; edificábanse casas, se organizaban hospitales, se recogía a los huérfanos, se curaba a los heridos, y todos recibían consuelo de aquel magnánimo corazón. García Moreno fue para Imbabura el piadoso samaritano del Evangelio que vino a curar sus heridas. Y ¿cómo no, si ese corazón latía fuertemente con sobrenaturales ardores del cielo? Hé ahí, señores, el secreto de su caridad y abnegación: amaba a Dios, y por esto amó al prójimo.

QUÉ de veces repetiría, García Moreno, al considerar el éxito de todas sus acciones, estas palabras de Da-

vid «*Tamquam prodigium factus sum multis et tui ad-
jutor fortis*»: A manera de prodigio he sido para mu-
chos, mas eres Vos mi poderoso auxilio.

CONCLUYAMOS, señores. ¿No tiene monumento
García Moreno? Sí, lo tiene: la gratitud de los imba-
bureños es grandioso monumento a su memoria.

Y por ser tan grandes los beneficios que Dios otor-
gó a nuestra patria, mediante su fiel siervo e ínclito
Presidente, deber nuestro es tributar rendidas acciones
de gracias a Dios, en el centenario del nacimiento de
tan esclarecido varón y Magistrado católico. Suenen el
órgano y elévense las voces de la Iglesia y de la Patria
hacia el cielo, en acción de gracias por habernos con-
cedido Dios al varón eminente de fe, al adalid de la
Iglesia y de la Patria, al Hombre de Jesucristo: «*Non
fecit Deus taliter omni nationi*»; un dón tan insigne no
concedió Dios a ninguna otra nación.

